

OTRAS RAZONES

AZNAR INCUMPLE SU PROMESA POLÍTICA



a un reforzamiento de la inmoralidad electiva, como la experiencia de otros países lo ha demostrado. En cambio, la reforma de la ley electoral para sustituir el sistema de listas por el mayoritario, transformaría

por completo la relación entre elector y elegido en beneficio de aquél. Ejemplo de la importancia crucial de las instituciones en la generación o degeneración de la ética social.

Aznar tiene, en el terreno de la moralidad pública, las mismas ideas espiritualistas que fueron ridiculizadas, en todo tiempo y lugar, por los pensadores y la práctica política. Antes de que Diderot redactara su célebre requisitoria sobre la inestabilidad de la conciencia gobernante en las Monarquías ilustradas, Spinoza había sentenciado ya que sería bien precario remitir la salud del Estado a la buena fe de sus administradores: «La tentación de obrar mal no debe poder ofrecerse a ellos». Ese ofrecimiento se ha dejado intacto por Aznar, porque es punto neurálgico del Estado de partidos. Como de toda oligarquía.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

CLINTON Y EL TERCER MUNDO



Me senté ante el ordenador, lo encendí, entré en el Internet y, cuando empezaba a navegar por él, ocurrió lo insólito. La pantalla se llenó de rostros, después de cuerpos y, repentinamente, saltaron del ordenador e invadieron la estancia en que yo trabajaba. Se agolpaban en ella, eran mujeres, hombres, niños del Tercer Mundo, negros, cobrizos, amarillos, como nos enseñaban en la elemental clasificación de razas de la escuela. Seres hermosos, aunque de apariencia desnuda, sobre todo los niños y niñas con sus grandes barriguitas, contrastando con la anatomía escuálida. Todos llevaban teléfonos móviles. Y gritaban ha dicho el Gran Jefe Clinton que nuestros problemas se resuelven con el Internet. Y hemos decidido entrar en él, un poco bruscamente, físicamente, penetrando materialmente las líneas, porque de otro modo no podemos, ni sabemos, y hemos comprado teléfonos, pero no somos capaces de encontrar ni los alimentos, ni las medicinas que buscábamos.

Llamen, llamen con sus teléfonos a la Casa Blanca, les dije. Quizá el señor Clinton les explique el grandioso futuro que les espera. Es él quien ha dicho en la cumbre de Floren-

cia, pretenciosamente calificada de progresista, que los problemas del Tercer Mundo se resolverán con la difusión del Internet y los teléfonos móviles. En medio de mi discurso se cortó repentinamente la luz, cosa que ocurre

en países como el nuestro con pretensiones de Primer Mundo y realidades de Tercero. O ¿quizás ocurre en todos? Y la invasión, como era una invasión real, es decir virtual, que no existe ya otra realidad, desapareció.

Y yo me quedé reflexionando. Me formulaba dos grandes preguntas. Primera ¿cómo es posible que el mundo esté en manos de subnormales cual Clinton, que pretende resolver los problemas del Tercer Mundo con la difusión del Internet y los teléfonos móviles, o de Blair con su camello de la tercera vía o de Schröder? Y que estos se presenten como progresistas. Segundo ¿qué extraña capacidad ha tenido la revolución informática para fomentar la colección de tonterías que sobre ella se han escrito? Y en las cuales se la ha presentado como la panacea para resolver todos los problemas actuales. Y, al mismo tiempo, se ponderaba tal revolución como una apocalipsis creadora de un cielo nuevo y una tierra nueva, en la cual los mayores de cuarenta años, imposibilitados para alcanzar tal paraíso, no seríamos capaces de manejar un ordenador y nos convertiríamos en analfabetos en tal nuevo mundo.

Recuerdo en la Expo de Sevilla mi visita al stand de la Siemens. Esperaba encontrar amplia información sobre las novedades que dicha casa había lanzado. En lugar de ello, me encontré con un cántico vacío a las nuevas tecnologías, como solución de los problemas del planeta. Se sentaba a los visitantes en una amplia sala de proyecciones, donde, tras una ridícula historia de la tecnología propia de un jardín de infancia, se presentaba el espectáculo, siempre atractivo, de una orquesta. Interpretaba ésta una sinfonía, cruzada la pantalla por otras imágenes y explicaciones, pues se trataba de una sinfonía simbólica que narraba la historia del ser humano ante la naturaleza. Tras un primer tiempo anodino, venía un segundo en que la sinfonía se descomponía y se caotizaba la ejecución orquestal ante la desesperación del director. Se pretendía representar, así, la industrialización. Afortunadamente venía a continuación el tercer movimiento, como en síntesis hegeliana se recuperaban los motivos del primer y del segundo movimiento, ahora en perfecta armonía. ¡Habían aparecido las nuevas tecnologías y gracias a la industria de la información surgía un nuevo mundo exuberante de felicidad!

Y, pensando en todas estas cosas, me encontraba yo en gravísima duda: ¿dónde se acumulan mayores dosis de estupidez en los políticos que rigen nuestro desventurado mundo o en el discurso sobre las nuevas tecnologías? Y de repente se encendieron las luces de la síntesis hegeliana. El colmo de la estulticia viene dado por un político actual hablando de las nuevas tecnologías. Y, no digamos, tratando de venderlas —ya que nuestros grandes políticos tienen más de comerciantes que de servidores de la «polis»— donde nadie las puede comprar. Y donde los problemas son demasiado graves para jugar frívolamente con ellos.

Carlos PARÍS

RETRASOS EN CADENA

Las relaciones políticas con Chile parecen mejorar del grave deterioro sufrido por el procesamiento de Pinochet. Pero en el terreno militar, donde el ex dictador es para la mayoría su «jefe» natural, las cosas van mucho más despacio. Por eso dice el espía que los «milicos» chilenos están detrás del frenazo a la construcción en España de dos submarinos para aquél país, que ni los franceses (que construyen la otra mitad de los barcos) han podido solventar.

Es un asunto que mantiene preocupada a la Armada Española, pues esperaba que tras la construcción del pedido para Chile comenzase de inmediato la de otros cuatro submarinos para nuestra propia Armada. El programa con-

siste en construir (a medias entre astilleros galos y españoles) los dos barcos chilenos y, luego, con mejores condiciones por la experiencia adquirida, poner las quillas de otros cuatro sumergibles de la clase «Scorpen», para sustituir a los viejos «Daphne» de la Armada que acumulan ya demasiadas inmersiones en sus cascos como para poder prolongar mucho más su vida operativa.

Asegura el espía que el proyecto lleva ya un año de retraso y que, como siga sin resolverse la situación de Pinochet, los «Scorpen» corren peligro de convertirse en barcos anticuados incluso antes de su construcción.

Juan BRAVO



La regeneración pública no se logra con la honestidad personal del gobernante. Un problema político sólo se resuelve con una solución política, es decir, institucional. Los fracasos de los anteriores ensayos de regeneración lo demostraron. Mirados con la experiencia del siglo XX, los regeneracionistas del 98 parecen hoy más pequeños de lo que fueron. Denunciaron males públicos sin conocer sus remedios. Propusieron, a la dimensión profana de un pueblo deprimido, la disciplina individual que sólo una idea de salvación osa proponer a las conciencias religiosas. Tuvieron el valor de rebelarse, con más talento literario que político, ante la espuria idea de concordia nacional y los falsos valores de la Restauración. Pero la combatieron situándose, sin saberlo, en su mismo terreno. Los fenómenos de regeneración, o bien son procesos orgánicos como los que renuevan las fuerzas de la Naturaleza, o propósitos de buenas intenciones que conducen sin remedio a nueva desilusión. La generación española de regeneracionistas fracasó, en su meta nacional, por el mismo motivo que el «risorgimento» italiano. Carecía de una idea institucional de la democracia que garantizara la ética política, fuese cual fuese la índole moral del gobernante.

Cien años después no podemos cometer el mismo error, volviendo a proponer una regeneración de lo irregenerable. Entre reforma y regeneración hay la misma distancia que entre medios y fines. Y no todas las reformas conducen a una nueva generación de la salud política. Si reformamos la ley electoral para cambiar las listas cerradas por listas abiertas, puede parecer que el falso sistema proporcional se abriría a una regeneración del principio representativo, cuando en realidad llevaría